Don't forget

honeyboo

Capítulo 1

AVISO IMPORTANTE

Esta es una historia que escribí hace tres años (con 14) y que únicamente subo por nostalgia. Me trae especialmente buenos recuerdos, y me gusta mucho la forma que tenía de escribir en ese entonces. La historia contiene personajes homosexuales y gira en torno a un amor ciertamente patético, así que no es apta para homófobos y homófobas. Siento si os sentís discriminados o algo. ;)

Capítulo 2

Capítulo 0

Después de tanto tiempo, Daniel sigue ahí.

Después de haber sido tirado, de haber sido apuñalado por la espalda, de haber sido mentido, Daniel sigue ahí. Sentado frente al cuerpo inerte de Michael, quien está tumbado en la misma camilla de hospital desde hace, ya casi, un año.

Él debería estar perfectamente en su casa, o en la de sus padres, o en la de su primo, o en cualquier sitio, pero no. Él está ahí, como cada noche, con una pequeña lámpara de luz naranja apuntando a la esquina para no hacerse daño a la vista, y el sonido de algunos coches lejanos deshaciendo el silencio de la oscuridad, pero qué espera, si vive en Nueva York. Un libro sobre las manos y la atención completamente puesta en las palabras allí impresas.

—Así que hoy no va a haber rebelión tampoco, parece —comenta en voz alta, aunque sabe que nadie le está escuchando —. Esto es un tostón, yo ya le habría cantado las cuarenta al tipo. Lo sabes —sonríe nostálgico mientras habla, porque es cierto. Michael, a pesar de que en este momento no puede, lo sabe.

Diablos, claro que lo sabe. Ellos se conocen desde... ¿siempre?

A Daniel no le gusta la soledad, le pone incómodo si se alarga por mucho, y como pasa prácticamente cada noche en esa habitación leyendo, su mente ha terminado creando un mecanismo de ayuda para estas situaciones; comentar en voz alta como si estuviera hablando con el chico en coma y, de vez en cuando, soltar alguna queja sobre el libro que esté leyendo en ese momento. Como ahora.

No es como si Daniel estuviera loco, él sabe perfectamente que está hablando solo. Pero algo dentro de él siempre tiene esa esperanza, siempre espera por una respuesta.

Y siempre acaba decepcionándose.

La madre de Michael lo visita de vez en cuando, ella es cálida y transparente como su hijo, ambos tienen la virtud de la palabra, ambos hablan por los codos, y ambos gustan a todo el mundo. Daniel lo admira.

Quizá por eso se enamoró del joven, en primer lugar.

Quizá por eso hizo tantas otras cosas.

Pero ahora no es momento de pensar en eso, es momento de callarse y leer hasta que amanezca, y entonces marcharse a casa a dormir un par de horas, para luego ir a trabajar.

Esa es la vida de Daniel.

—Sí. Mejor esperar —termina diciendo, con una mirada de tristeza.

Mejor esperar.

En el momento en el que devuelve la mirada al libro, escucha un suspiro.

Demonios, ahora sí que se ha vuelto loco. Lo que pasa es que no lo ha hecho. Una voz sacude su estómago, lo parte en dos, lo destroza.

—¿Daniel? —la palabra se traba en la boca contraria, como si sólo pudiera decir esa exactamente, como si hubiera esperado por decirla durante una eternidad.

El nombrado se levanta rápidamente y agarra la mano del chico, que está visiblemente desorientado, cegado por la luz de la lámpara que ni siquiera apunta a él, confundido. La aprieta fuertemente.

—¿Si? —el tono es endeble, como un fino hilo que está a punto de romperse —, estoy aquí, tranquilo.

Capítulo 3

Capítulo 1

Él lo había dicho.

Incluso si no podía recordar su rostro, o su voz, el color de sus ojos o las veces que se besaron, él lo dijo. Recordaba el nombre mucho mejor que el suyo propio, puesto que no podía decirlo al despertar.

Entonces, ¿por qué no puede volver todo a la normalidad?

¿Por qué Michael recuerda su nombre pero no a él?

No es que Daniel esté enfadado, los médicos dijeron muchos meses atrás que tenía daños cerebrales severos y que, si bien no estaba claro si podría despertar pronto, si lo hacía, lo más probable es que tuviese lagunas en la memoria.

Pero... ¿así? Michael no se acuerda de ningún momento de su vida.
Se acuerda del sabor de las palomitas del cine, del olor de las lavandas que tenía en su casa de campo cuando era un niño, de que le gusta nadar y del dichoso nombre, pero no recuerda haber estado en ningún cine, ni ninguna casa, ni mucho menos las tardes en la piscina que había en su barrio años atrás.

Michael no se recuerda a sí mismo. No sabe quién es, ni cómo comportarse, ni quién es su familia.

Es como si hubiera vuelto a nacer. Y de alguna forma, siente que hay algo mal con eso además de lo que ya es lógico, que se está dejando algo por el camino, que es importante.

Pero Michael no lo recuerda.

—¿Tienes hambre? —escucha la voz de a la que ahora puede reconocer como su madre -porque le han dicho que lo es, de todas formas-. Ella está ligeramente entrada en años, con arrugas en la frente de tanto fruncir el ceño y unas ojeras notables, pero los ojos de una mujer feliz. Viste formalmente y, todas las veces que la ha visto en los últimos tres días, siempre lleva puesto el mismo collar de perlas blancas.

La señora -su madre, demonios, debería acostumbrarse a llamarla así- se ha entretenido hablándole sobre él, sobre su persona, durante horas. Y

Michael escucha con atención, pero no termina de entender.

—No. Estoy bien, gracias —responde, con una lastimosa mueca.

Claro que no está bien, pero eso no es algo que pueda decir. Porque hay algo que Michael sí recuerda: recuerda una cara, no sabe a quién pertenece, no sabe por qué está grabada en su memoria, pero dijo su nombre, porque sintió que estaba tan cerca que quizá podría escucharlo. Y él estaba allí, fue lo primero que vio tras abrir los ojos, a un chico sentado, leyendo un libro con la atención dispersa. Michael llevaba escuchando su voz por, no lo sabe, ¿tal vez días? o quizá solo horas. no es fácil distinguir el paso del tiempo cuando uno está mitad inconsciente.

Michael ni siquiera sabe si ese chico es real, porque no ha vuelto a verlo ni a oír su voz desde que despertó.

—¿Necesitas algo? —cuestiona de nuevo la mujer, con una voz serena.

El chico mira a su alrededor. está en la misma habitación en la que despertó, y aunque ha salido un par de veces del lugar a lo largo de los días para que los médicos le hagan pruebas, nadie le ha dicho todavía por qué está allí. Cómo acabó allí.

Una vez más, Michael no lo recuerda.

—¿Dónde está Daniel? —pregunta, en cambio.

La mujer abre los ojos, sorprendida y confusa. Luego se acerca rápidamente y agarra su mano con solidez, como tantas otras personas lo han hecho ya.

—¿Lo recuerdas?, ¿recuerdas a Daniel? —ella suena ilusionada, tal vez, conteniendo la respiración.

Pero Michael no puede decir que lo recuerde.

—¿Es quien estaba cuando desperté, no? creo que se llama así.

Su madre acaricia el dorso de su mano con lentitud, y sonríe. No parece feliz, sin embargo.

—Sí, era él. ¿Sólo recuerdas eso?

Michael aprieta la mandíbula y rebusca, y rebusca, y sigue rebuscando. Pero no encuentra nada más.

—Lo siento —se mira las rodillas, que están cubiertas por una fina sábana blanca decorada con flores azules que la mujer trajo el día anterior. Es lisa

y cubre con suavidad.

—No, no, cariño. No pasa nada —la mano de ella pasa a sus hombros. Si es su madre, entonces ojalá no la hubiera olvidado. La mujer no lo presiona, no llora -delante de él-, no grita, e incluso le habla de las muchas cosas que hizo en su vida. Lo hace sentirse reconfortado. Él quisiera ser tan paciente, porque cada día que pasa se siente más frustrado, más decepcionado consigo mismo. Quiere recordar. Pero no puede.

—¿Él va a venir pronto?

—Pues —comienza, con un tono mustio y afligido —verás. Tú eres una persona muy importante para él, por eso no soporta ver que no lo recuerdes.

—Pero si no viene, entonces sí que no podré recordarlo. Sé su nombre, ¿no es eso bueno?

La mujer asiente, suspirando.

—Es bueno, pero da igual que recuerdes su nombre si no sabes quién es.

Michael asiente, porque ella tiene razón. Pero él está ahí, es como si su memoria hubiese hecho una burbuja intraspasable alrededor de su nombre. No puede olvidar a Daniel, así que tiene que ser muy importante.

—Lo sé. Perdón.

—No te disculpes, no es culpa tuya. No es culpa de nadie.

Michael se siente impotente. Es su culpa no acordarse de ellos, es su culpa si ellos han estado ahí para él y él no puede estar ahí para ellos.

—Si le ves —habla, con voz rota —, dile que venga.

Capítulo 4

Capítulo 2

Pero la mujer no ha visto a Daniel desde que su hijo despertó.

El chico está allí, no sale de su casa, no come, no mira por la ventana.

Solo se sienta y llora.

«¿Dónde estoy?, ¿quién eres?» Michael preguntó. En ese momento, algo se había roto dentro de Daniel. Él lo oyó, el chico dijo su nombre, pero cuando sus ojos se encontraron, entonces lo supo; Michael no le recordaba.

Así que cogió sus cosas, y se fue a casa. Porque soportarlo en una camilla era mucho más fácil que soportar su confusión, su desapego. No habían recuerdos de él en la memoria de su novio.

Ssu novio?, ¿siquiera son algo a estas alturas? uno no puede salir con alguien que no le conoce, así de simple.

Todas las mañanas, todas las tardes, él llama a la madre del chico y hablan sobre su estado. «Todavía no puede digerir los sólidos» fue el comentario que le hizo esa mañana, «pero estamos tomándolo con calma».

Claro que están tomándolo con calma. Michael lleva vivo y despierto tan solo setenta y dos horas. No sabe qué hacer o cómo moverse.

Muchas veces, él recuerda, ha pensado a lo largo del último año que no importaba si no le recordaba, incluso si no volvían a enamorarse el uno del otro -aunque Daniel ya lo está, de hecho-, estaría allí para Michael, para ayudarlo, como un amigo, como un conocido. Como lo que fuera. Pero ahora que ha despertado y lo ha escuchado decir su nombre pero no reconocer su rostro, es como si se ahogara, como si se cayera de un precipicio, como si no hubiera mano a la que sujetarse.

Ni siquiera ha ido a trabajar los últimos días, no ha hablado con su primo Markus, ni con sus padres, que dejan mensajes preocupados que él no se molesta en mirar. No ha hecho nada, más que quedarse en casa. Ya ni siquiera puede leer, como si, de pronto, no le interesara el romance por el que había estado tan entusiasmado una semana atrás.

Diablos, su vida es muy triste.

¿Cómo no notó que todo giraba alrededor de Michael? tan iluso, tan ingenuo, pensando que podrían superarlo. Daniel no puede, no puede solo, incluso si no lo está.

El tono de llamada suena en su móvil, que está en la sala de estar, tal vez en el baño, tal vez en la cocina. Cuando lo encuentra, lee el nombre de la mujer. Una llamada por la mañana y otra por la tarde, se recuerda a sí mismo.

—¿Señora Ellis? —pregunta en alto, aunque claro, quién iba a ser si no.

—Hola, Dan —ella hace eso a menudo, lo llama por el apodo cariñoso que su hijo solía usar como si no doliera, como si no quemara. Pero no la culpa, porque suena igual de cansada que él.

—¿El día ha ido bien? —incluso si no puede verla, sabe que está sonriendo. Quizá no tiene ganas, pero lo hace, para no preocupar al resto. Así es la madre de Michael, exactamente igual que él.

—Sí, esta tarde ha ido a que le hagan algunas pruebas —aquella podría ser la misma conversación que tuvieron ayer, pero hay algo. Hay algo en su voz, en su tono, que lo alarma.

—¿Ocurre algo?

La línea contraria se queda en silencio durante algunos segundos.

—Él ha preguntado por ti hoy.

Un gemido se atasca en su gaznate, la tráquea se le cierra. Se apoya en la pared de su costado, porque si no, va a caerse.

—¿Cómo que ha preguntado por mí? —es lo único capaz de pronunciar.

—Dice que no recuerda quién eres, pero tu nombre no se le va de la cabeza. Es lo único en claro que hemos podido sacar hablando con él. Tu nombre, todo el rato tu nombre.

Daniel boquea varias veces del desconcierto. Sí que era extraño que Michael lo dijera nada más despertar, pero, ¿su nombre?, ¿se acuerda de él aún?

Comienza a marearse, el cráneo presiona contra su frente, y su vista se nubla. Ha de reforzar el agarre en la pared, o terminará desmayándose.

—Entiendo.

La señora suspira lentamente.

—Quiere que te diga —hace un parón —que vayas a verle.

Daniel asiente lentamente con la cabeza. Claro que Michael quiere verle; fue la primera persona con la que se topó al abrir los ojos. Estará confundido. Recuerda su nombre, después de todo, y ni siquiera sabía el suyo propio las primeras horas.

Las cosas han sido un remolino los últimos días.

Pero Daniel no puede prometer nada.

—Lo haré —responde finalmente.

Luego, la mujer corta la llamada, y la casa vuelve a quedarse en silencio.

Él no sabe si ha sido una promesa o una mentira, pero sí que sabe que quiere verlo. Quiere verlo más que nada, pero si lo ve, si lo mira con esos ojos de desconocido, entonces se derrumbará. Daniel no quiere derrumbarse.

Sabe que es egoísta e injusto, pero qué demonios; él recuerda a Michael y Michael a él no. Daniel es quien está sufriendo ahora mismo. Daniel es quien no puede dormir de la ansiedad y saber que ambos están conscientes.

Pero entonces, toma una decisión.

Una decisión pequeña, está bien, pero es un paso.

Al día siguiente responderá a los mensajes de sus padres e irá a trabajar.

Si todo sale bien, podrá ver a Michael pronto.

En el peor de los casos, acabará con el corazón hecho trizas, y no es como si fuese la primera vez.

Capítulo 5

Capítulo 3

A Michael le gustan las flores amarillas.

Daniel quiere comprar algunas para dárselas esta tarde, cuando vaya a visitarlo. Ha pasado una semana desde entonces, una semana en la que la señora Ellis ha sido paciente y comprensiva. Él no quiere hacerla esperar por más tiempo.

Las tiene en la mano, las mira. Son bonitas y frágiles, con el tiempo terminarán por marchitarse. Así son las flores, se mueren, se terminan, pero son bellas, y por eso gustan a todos. Daniel no es una excepción, así que compra para sí unos lirios, porque esas también se mueren, pero mientras viven, lo hacen sentir reconfortado, en paz.

Agarra el minúsculo ramo con fuerza y sigue andando. Cada vez está más cerca del lugar, y eso significa que va a verlo de nuevo. Esa vez no está su madre, será Michael y sólo Michael. Daniel tiene miedo.

Cuando está finalmente frente a la puerta, duda de si abrirla. Su mano, parada en el aire, temblorosa. Es como si una parálisis se hubiera adueñado de su cuerpo, como si tras el umbral ya no hubiera nada. Quizá no lo hay.

Agarra el pomo con fingida fuerza y empuja, y empuja, y empuja hasta que lo tiene delante.

Michael no está durmiendo, pero lo parece: tiene la cabeza ladeada, mirando fijamente por la ventana, la cortina medio echada y el sol de la tarde dejando rastro de luz amarilla sobre su nariz y ojos. Y entonces se gira.

Recorre su rostro con rapidez pasmosa y va hasta sus manos, donde Daniel está sosteniendo las flores.

—¿Daniel? —su tono de voz es hasta patético, tenue, pequeño.

El nombrado cierra la puerta mientras evita llorar. Él siempre ha sido muy propenso a derramar lágrimas en los momentos más intensos.

—Sí —contesta solamente, y puede notar al chico clavando la atención en

su espalda.

—Esperaba que vinieras —prosigue el otro.

—Lo sé —Daniel no es capaz de girarse y encararlo; en cambio, va hacia el jarrón vacío de cristal que hay en la mesa al lado de la camilla y deja allí las flores —. No sé si lo recuerdas ya, pero antes solían gustarte mucho las flores amarillas.

—Mamá no me lo dijo —y, al fin, ya se ha acostumbrado a llamarla así. Ella le contó muchas cosas de su vida, pero no le dijo cómo era, así que Michael sigue sin saber realmente quién es. Por eso necesita a Daniel —. Ella tampoco me dijo quién eras.

El más mayor lo mira de una vez, tragando fuerte y conteniendo la respiración. Eso es de esperar, él le pidió a la señora Ellis que no contase al otro nada de su persona, porque no estaba preparado.

—Un amigo cercano.

—¿Un amigo? —los ojos de Michael se iluminan —entonces un amigo muy especial, porque yo solo recuerdo tu nombre.

Daniel asiente lentamente, con una mueca decaída pero otra sonrisa en su boca, porque no va a preocuparle. No va a hacerlo.

—Supongo que sí. Al menos, nunca dijiste lo contrario —ambos rieron, uno satisfecho, el otro amargo.

—Ven, siéntate. Cuéntame algo.

Daniel se sienta, pero frunce el ceño, visiblemente confundido. Que diga algo, le está pidiendo. Él no sabe si puede.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Mamá sólo habla de nuestros viajes y de las cosas que he hecho, pero nunca habla de mí realmente, de cómo soy. Era. Yo... quiero saber.

—¿Qué te hace pensar que yo puedo responderte?

—Porque —la mirada de Michael es profunda e insistente, las cejas rectas, y un sentimiento de desesperación corriendo por sus venas. Se incorpora en la camilla —me acuerdo de ti. Tal vez —niega un poco con la cabeza —no sepa quién eres, pero me acuerdo de ti.

renjun abre la boca para protestar...

... pero se calla.

Michael tiene razón. Él es quien más le conoce. Él es quien se pasó horas mirándolo, y escuchándolo hablar sin parar.

Así que se ríe, y suelta lágrimas a la vez.

—Vale —accede, con un hilo de voz —vale. Realmente no sé por donde empezar. Ahora eres más callado que antes.

—¿Eso que significa?

Daniel se acomoda en la silla y su mirada se aclara. De acuerdo, no puede estar más con Michael, pero si este es el nuevo rol en su vida, pues lo tomará encantado. Él y el chico ya han sido amigos antes, así que podrá hacerlo. Cree.

—Significa que nunca callabas. Tú —le señala, divertido —, honestamente eres muy listo, pero lo estropeabas con todo lo que salía por tu boca, que no era poco —ambos vuelven a reír suavemente —. Te gustaba mucho hablar de —mira hacia el techo con dificultad —, de el viaje por el mar que harías cuando cumplieras los treinta.

Michael frunce el ceño, animado y con visible vergüenza.

—Tengo veintidós, ¿no?

Daniel asiente con rapidez.

—Pero te daba igual —prosigue, de mejor humor —. Todo lo que tuviera que ver con agua, mar, barcos... todo eso te gustaba. Y nosotros nos gustaba verte feliz, así que callábamos.

Michael muestra una sonrisa resplandeciente. Él sigue siendo el mismo chico que antes, se da cuenta Daniel.

—Tengo el presentimiento de que habría seguido hablando aunque me hubieseis pedido que callara.

El mayor vuelve a asentir.

—Muy posiblemente.

—Y ahora —un silencio repentino —es como si ya no tuviera de qué

hacerlo.

Daniel lo mira largamente.

—A mí no se me da tan bien como a ti —termina —, pero puedo hacerlo hasta que encuentres nueva inspiración.

Y esa sí es una promesa.